

A close-up portrait of Margaret Thatcher, looking slightly upwards and to the right. She has her characteristic voluminous, wavy blonde hair and is wearing a dark jacket over a patterned blouse. The background is dark, making her face the central focus.

MARGARET THATCHER

**Discurso ante el Bow Group¹
("Ideales de una Sociedad Abierta")**

DISCURSO ANTE EL BOW GROUP (“IDEALES DE UNA SOCIEDAD ABIERTA”)¹

06 de mayo de 1978²

Casi exactamente un año antes de asumir la tarea de liderar el Reino Unido como Primera Ministra, Margaret Thatcher esboza los lineamientos de lo que fue el corazón de su filosofía política, con los que fue capaz de dar un giro en el escenario político inglés y mundial. La crítica al socialismo y a la fuerza que estas ideas estaban tomando dentro del gobierno del Partido Laborista, junto con mostrar claramente cuál era la ruta a seguir y las bondades morales y materiales de la propuesta conservadora, permitió la conquista del sentir y pensar popular, erradicar la idea de lucha de clases de la discusión política y, en síntesis, sentar las bases de un modelo de gobierno promotor de la libertad y responsabilidad individual.

Thatcher comenta que la principal causa del declive de las sociedades occidentales se debe a una falta de valentía por parte de sus líderes, que permitió que ciertos valores clásicos como el Estado de Derecho, la libertad y responsabilidad personal por los actos propios o la iniciativa privada, sean puestos en tela de juicio y desmantelados. El crecimiento del Estado y la expansión de su área de influencia sólo genera un inmovilismo que puede verse en los países bajo el yugo comunista, mientras que los países donde la libertad de iniciativa y asociación son prueba de una mejor calidad de vida y desarrollo.

Con todo, recalca que lo importante no es defender sólo las mejores condiciones económicas. Esto tiene que nacer de la promoción de las ideas que muestran la superioridad moral de la filosofía griega clásica y la tradición judeocristiana. La aplicación concreta de estas ideas se traduce en una Sociedad Abierta donde la libre asociación de las personas permite el desarrollo de la creatividad humana para enfrentar los problemas que surjan y dar la mejor solución para los individuos y la sociedad en su conjunto.

En este discurso Margaret Thatcher rescata el diluido contenido de la idea de Estado de Derecho, que incluye el debido proceso, igualdad ante la ley, respeto y buen uso de las instituciones, como medio para oponerse a la tiranía y absolutismo promovido por el socialismo. También expresa la necesidad de establecer límites claros y firmes al poder del Estado, a fin de que pueda cumplir a cabalidad sus tareas primordiales y no suprima el rol que las personas y organizaciones privadas (ya sean de servicio comunitario o económicas) tienen dentro del desarrollo de una Nación. Es muy importante el énfasis que hace al decir que esto no implica ser “anti-Estado”, sino que se busca un adecuado equilibrio entre este y la sociedad.

El espíritu de esta alocución no es una defensa de un modelo económico, sino que un llamado a promover un conjunto de ideas que, puestas en práctica, permiten el correcto desarrollo del potencial humano y se traducen en mejores condiciones de vida. Margaret nos hace una invitación a unirse y ganar la batalla entablada en el campo de las ideas. Este llamado lo hizo hace más de 30 años, pero sigue perfectamente vigente y, gracias a ella, tenemos un ejemplo concreto de cómo luce la victoria y todo el bien que se puede hacer si se logra.

¹ Think Tank inglés de raíz conservadora, fundado en 1951 por un grupo de estudiantes de post grado en Londres.

² Traducción del Instituto Res Publica. Original disponible en <https://www.margaretthatcher.org/document/103674>

A veces, Gran Bretaña y las democracias libres de Occidente parecen estar sufriendo más por una falta de valentía que de cualquier otra cosa. "Después de la caída de Atenas, en el 404 a. C.", escribió C.M. Bowra "algo se extinguió, no sólo el entusiasmo por la vida y la audacia de emprender y experimentar, sino que ciertas suposiciones hasta entonces incuestionables ahora perdieron su autoridad y su dominio".³

La evidencia de todo tipo muestra que nuestro sistema democrático libre es superior en tecnología al comunista.

Somos infinitamente más rápidos que ellos para aprovechar los inventos prometedores. Desde 1945, nuestro sistema ha traído beneficios a un gran número de personas.

La población de sus países, por otro lado, ha sufrido horrible e innecesariamente por la mano asfixiante que el Estado ha puesto sobre ellos. Ningún país comunista, por ejemplo, ha tenido éxito con la agricultura colectiva. Rusia, antes de la Revolución, solía ser una gran exportadora de trigo. Últimamente, a menudo ha tenido que importar ese sustento vital desde los EE. UU.

Los escritos de Solzhenitsyn hicieron evidente, incluso para quienes no quieren ver, que no era simplemente que Stalin fuera un hombre malvado, sino que el comunismo, en la práctica, es un sistema malvado que dio origen a Stalin.

La prosperidad en Occidente también se puede medir en relación directa con el papel que el Estado ha jugado en la economía. Alemania Occidental y Japón, por ejemplo, donde la intervención por parte del Estado ha sido modesta, tienen más éxito en términos de producción que Gran Bretaña e Italia, donde la mano del Estado ha sido más fuerte.

Aun así, la moral entre las democracias libres es baja. Personas destacadas se han preguntado públicamente si es que la democracia puede sobrevivir. Muy pocas personas se describen voluntariamente a sí mismas como "capitalistas".

Por el contrario, los estados comunistas parecen estar firmemente establecidos, y los comunistas tienen una posición fuerte en varios países de Europa Occidental. La

izquierda del Partido Laborista hoy es más fuerte dentro de esa organización de lo que solía ser cuando el nivel de vida del país era menos bueno. La izquierda Laborista también se ha mostrado, sorprendentemente, más amistosa con Rusia incluso que algunos de los partidos comunistas europeos.

También son muchos los que, si bien rechazan el sistema tal como ha funcionado en Rusia, desprecian abiertamente los antiguos ideales de Occidente: anarquistas, trotskistas, revolucionarios de las más diversas aspiraciones han aparecido en casi todas las universidades del mundo libre. Si bien no siempre es fácil saber qué es lo que quieren estas sectas, suele ser bastante fácil entender que lo que no quieren es democracia.



³ La cita corresponde al libro *The Greek Experience*, que no ha sido traducido al español. El original citado en inglés: "After the fall of Athens, in 404 BC" wrote C. M. Bowra (*The Greek Experience*) "something was extinguished, not merely a zest for life and a boldness of enterprise and experiment but certain assumptions which had never been seriously questioned now lost their authority and their hold".

RAZONES PARA LA DESILUSIÓN

Las razones de la desilusión o incluso la desesperación en Occidente son varias.

En primer lugar, muchos sufren de cierta miopía histórica.

La gente olvida que la democracia en el sentido de sufragio universal es nueva. Incluso en Gran Bretaña sólo tiene cincuenta años.

Por lo tanto, nuestra versión de la democracia no es un edificio viejo y destartado que, después de muchas generaciones, comienza a derrumbarse. Es un sistema todavía con dolores de crecimiento, un sistema infinitamente nuevo en comparación con los sistemas absolutistas, como los que practican nuestros adversarios.

Un anhelo de absolutismo, como un deseo de un solo líder, es un retroceso al pasado, no un presagio del futuro.

En segundo lugar, los portavoces de la democracia permiten con demasiada frecuencia que sus oponentes elijan el terreno del debate.

No es suficiente decir que la empresa privada da una mejor calidad de vida material, aunque eso suele ser cierto. Deberíamos fijarnos más en las ideas y darnos cuenta de que la gente responde a ellas más a menudo que cuando se interpela a sus intereses materiales.

Los comunistas conocen el poder de las ideas, a pesar de su doctrina del materialismo histórico. Nosotros también debemos demostrar que somos conscientes de su importancia, a pesar de nuestro éxito material.

Tercero, la generación de una educación liberal laxa ha acostumbrado a muchos a suponer que la Utopía se logrará pronto. Tal educación dejó la creencia de que, con el Estado de bienestar, todos los males pronto desaparecerían y, con la ONU, todas las tiranías pronto se derrumbarían.

Eso ha resultado ser una ilusión.

Cada generación tiene que luchar por sus propias libertades, en la forma que sea adecuada. Las soluciones ideales de

una generación pueden incluso convertirse, a menos que sean renovadas y actualizadas, en causa de esclavitud o, al menos, de burocracia para la siguiente.

En cuarto lugar, es posible que hayamos subestimado las conmociones provocadas por las dos guerras mundiales, la pérdida del Imperio y la amenaza de las armas nucleares.

La larga serie de reveses sufridos por Occidente en Oriente Medio, el Lejano Oriente, Cuba y ahora (al parecer) África, también debe estar teniendo impacto.

La pérdida del Imperio no significó el eclipse de todo lo que representó este país en el pasado. Por el contrario, si se sumaran todos los diversos logros de Gran Bretaña en la historia, nuestro papel en el desarrollo de la democracia política probablemente ocuparía el primer lugar, con un historial de tolerancia insuperable.

A esto le sigue nuestro rol en el inicio de la era industrial.

Además, ¿qué hay de las glorias de la literatura inglesa?

El Imperio, por magnífica construcción que fuera, seguramente no excedía la grandeza de estos logros.

Quinto, los amigos de la sociedad libre también han aceptado con demasiada frecuencia el argumento de sus enemigos de que el tema dominante en la política es una cuestión de clases sociales. Las políticas basadas en esta idea son, a la vez, divisivas y carentes de sentido.

Quienes, en el siglo XIX, elaboraron una teoría de la historia basada en la clase, lo hicieron en una época en que había comparativamente pocos obreros urbanos dependientes de un empleador poderoso. Ni Marx ni Engels podrían reconocer a su 'clase obrera' en la Gran Bretaña actual o en ningún otro lugar.

Por supuesto, muchos trabajadores de mediados del siglo XIX se sentían perdidos, si trabajaban doce horas al día, sin la protección de los sindicatos ni de la legislación social. Pero los trabajadores modernos en Detroit, Coventry, el Ruhr, incluso Moscú, ahora son, ante todo, ciudadanos de su país, como todos los demás. No son miembros de una 'clase' desfavorecida e internacionalmente reconocible.

La moraleja de todo esto es simple: Marx estaba equivocado acerca de la clase obrera cuando escribió sus libros; y sus lineamientos tienen tan poca utilidad hoy en día como otros argumentos de la época victoriana sobre lo que se debe o no se debe hacer.

Tratemos ahora de expresar algunos de los principales ideales de una sociedad abierta.

EL ESTADO DE DERECHO

La primera prioridad entre las cosas que defendemos debe ser el Estado de Derecho.

Esta frase significa mucho más que una piadosa esperanza de que todos sean respetuosos de la ley.

En el siglo XVIII, los visitantes extranjeros, como Voltaire, quedaron especialmente impresionados por el hecho de que Inglaterra estaba gobernada, como no ocurría entonces con ningún otro país europeo, por el Estado de Derecho. No querían decir con eso que nuestras leyes fueran especialmente indulgentes, ni siquiera especialmente lógicas. Querían decir que nadie debe ser castigado, ni se le pueden imponer penas corporales o sufrir pérdida de bienes, salvo por una clara violación de la ley, establecida en los tribunales del país.

Nuestra tradición es que un hombre sólo puede ser castigado por una infracción de la ley, nada más.

La segunda característica del Estado de Derecho en este país es que todos, cualquiera que sea su rango, deben estar sujetos a la ley ordinaria del país. La ley se aplica tanto a los gobernantes como a los gobernados.

Ahora, en los últimos años, estos principios han comenzado a ser ignorados y erosionados.

No pretendo referirme aquí únicamente a la curiosa actitud del Partido Laborista hacia los concejales de Clay Cross, ni siquiera al asombroso intento de la izquierda Laborista de convertir en mártires a los piquetes de Shrewsbury.

Tampoco me refiero al ataque del Sr. Michael Foot a los jueces, con ocasión de la derrota que sufrió el Fiscal General durante las intervenciones de su partido en el asunto de la fábrica Grunwick.

No, el hecho al que me refiero es que, como resultado del crecimiento de los sindicatos, los hombres y las mujeres pueden ser castigados, incluso hasta el punto de perder sus medios de sustento, por tribunales irregulares establecidos en esos mismos sindicatos, o por otras acciones emprendidas por dichas asociaciones.

Algunos admitirían libremente que se han afiliado a sindicatos no por convicción, sino por autoprotección. Otros temen más a los piquetes móviles y manifestaciones similares del poder de los sindicatos que a la propia ley.



Es fundamental recuperar la forma tradicional de conducir estos asuntos.

Los griegos, durante la Edad de Oro, sabían perfectamente que lo que los distinguía de los bárbaros de entonces era el respeto, y el respeto de sus líderes, por la Ley.

John Locke lo expresó claramente cuando dijo: "Cuando desaparece la ley, comienza la tiranía".

A menos que lo restablezcamos y protejamos, el Estado de Derecho generalmente caerá en irrelevancia. Si eso sucediera, no hay certeza alguna sobre quién se beneficiaría al final.

Una y otra vez en la historia, el sistema político que cede en este punto ha sido derrocado, y merecidamente, pero no siempre por sus enemigos más obvios.

Hay una teoría de moda, derivada de Marx, de que la ley y los tribunales existen para proteger a los ricos y poderosos. La experiencia sugiere, por el contrario, que los pobres y los débiles necesitan la ley más que nadie.

Nuestra fe en el Estado de Derecho tiene una larga tradición. He mencionado la comprensión de la cuestión por parte de los antiguos atenienses. El deseo de restaurar el Estado de Derecho fue un importante objetivo de los Aliados durante la última guerra. No insistíamos entonces en el establecimiento de ninguna ley en particular, sino en restablecer sistemas de gobierno en los que prevaleciera el Estado de Derecho en lugar del Estado de la Fuerza.

LÍMITES AL PAPEL DEL ESTADO

Nuestro segundo principio fundamental es el sentido del límite que debemos imponer al poder del Estado.

No debemos permitir al Estado, ni este debería permitírselo a sí mismo, salpicar hacia arriba y hacia afuera en todas direcciones, como dijera Ramsay Macdonald; como si fuera la única institución en la que se puede confiar. Deberíamos tenerle demasiado respeto al Estado como para permitirle extender demasiado sus tentáculos.

El Estado tiene, me parece, tres roles principales:

Primero, defender a la población contra sus enemigos internos y externos, y actuar como la fuerza detrás de la ley. En esto, el Estado debe tener el monopolio del poder.

En segundo lugar, su función en los servicios sociales, donde puede jugar un papel importante pero no debe tener un monopolio,

Y tercero, su papel en la economía, donde no sólo el Estado debe abstenerse de un monopolio, sino que todas sus actividades deben ser revisadas para asegurarse de que dicha tarea no puede ser ejecutada con mayor eficacia por los privados.

Deseo decir unas palabras sobre cada uno de estos tres roles.

En primer lugar, la defensa, la ley y el orden. Si un potencial enemigo parece más formidable de lo que se puede esperar como para razonablemente enfrentarlo solos, el primer deber del Estado es asegurar alianzas que nos permitan resistir tales amenazas.

Las Fuerzas en cuestión también deben ser adecuadas para garantizar los servicios esenciales en caso de que ocurra lo peor, ya sea que se derive de una ruptura del orden público que la policía ordinaria no pueda hacer frente (como ha sido el caso desde 1969 en Ulster) o de una huelga, por ejemplo, en los servicios de bomberos.

El otro rol en el que el Estado debe tener una posición de monopolio, es el de proveer las sanciones para asegurar ese Estado de Derecho que antes describí como el primero de nuestros principios.

En estos dos temas, el desempeño del Gobierno en los últimos cuatro años ha sido inadecuado. Nuestros servicios armados no están debidamente provistos y nuestra Policía cuenta con menos efectivos que los que corresponden. El Ejecutivo Nacional del Partido Laborista apenas se molesta en ocultar que preferiría debilitar nuestra defensa a tal punto que un apaciguamiento desenfrenado de Rusia sería la única salida.

El segundo papel del Estado tiene que ver con los servicios sociales. Ya sea en prestaciones monetarias, salud o educación, el Estado no debe ser la única institución interesada. Las organizaciones voluntarias, los fondos privados de pensiones y seguros, la provisión de salud personal y, sobre todo, la familia y los amigos, siempre tendrán un papel vital que desempeñar.

Consideremos vivienda, un área costosa de iniciativa gubernamental. Ésta también es una donde el efecto del gobierno ha sido crear nuevos problemas sin resolver los existentes. Las viviendas municipales proporcionan alojamiento de alquiler bajo, pero a un alto costo para el público y hacen más que cualquier otro factor para acentuar las divisiones de clase en la comunidad.

Debe fomentarse todo aquello que ayude a los arrendatarios de las viviendas municipales a convertirse en propietarios de sus casas.

Definitivamente deberíamos aspirar, en el largo plazo, a una Nación en la que sólo una pequeña minoría de la población viva como arrendatarios municipales. Sin embargo, corremos el peligro de movernos en la otra dirección.

Lo mismo se aplica a la educación donde, dada la historia de los últimos cien años, la contribución del Estado siempre será mucho mayor que la del sector privado. Es motivo de alarma el hecho de que una mayor participación del Estado, hasta el punto de un virtual monopolio en la educación superior, ha coincidido con una disminución de los estándares educativos.

En medicina, estamos tratando en Gran Bretaña con un mito, además de un logro. El logro es el Servicio de Salud, y el mito es que su establecimiento crea necesariamente un sistema de salud pública superior al de otros lugares, donde una mayor proporción se financia a través de seguros privados, incluidos los planes laborales y sindicales.

El tercer rol del Estado es su participación en la economía.

Ahora algunas de sus actividades son tan antiguas (por

ejemplo, en relación con la moneda y los aranceles) como para ser parte de la historia del concepto de Estado. Pero la mayor parte de la intervención del Estado en la economía es nueva.

El hábito de la intervención deriva más que nada del gusto adquirido por los gobiernos por la regulación de la empresa privada durante las circunstancias anormales de las dos guerras mundiales. En efecto, fue durante las Guerras cuando el Gobierno —o mejor dicho, sus asesores económicos— empezaron a creer que uno de los deberes del Estado era “gestionar” la economía; una idea que no se le habría ocurrido a ninguna administración en los días de nuestra grandeza económica.

El papel de la empresa privada en el proceso de asegurar el éxito de la economía es algo que se puede demostrar una y otra vez en la historia. En el siglo XIX, el economista alemán List (poco amigo del libre comercio) escribió: “Es verdad que la inconmensurable energía productiva, la gran riqueza de Inglaterra, no consiste solamente en la eficacia de la potencialidad física de la nación y en el afán de lucro de los individuos; también han contribuido a ello el sentimiento innato de la libertad y del derecho, la energía, moralidad y religiosidad del pueblo”.⁴

El hecho de que Gran Bretaña fuera un país libre fue claramente una de las principales razones por las que pudo ser el iniciador de la industrialización a finales del siglo XVIII.

En su ensayo “Sobre la libertad”, J.S. Mill señala que si las principales instituciones económicas del país están dirigidas por el gobierno “ni toda la libertad de prensa ni la conformación más popular de la legislatura harían que este o cualquier otro país fuese libre más que de nombre”.⁵

Algunos de nuestros problemas económicos ahora provienen de la nacionalización. Los motivos de la nacionalización se explicaron de diversas maneras en la década de 1940 como necesarias para lograr mejores relaciones laborales, asegurar una mayor eficiencia y evitar que los accionistas privados se beneficiaran de empresas de importancia nacional.

⁴ Friedrich List, *Sistema Nacional de Economía Política* (Ciudad de México, Fondo de Cultura Económica, 1997), p. 158. El original citado en inglés por Thatcher: “The enormous producing capacity and the great wealth of England are not the effect solely of national power and individual love of gain. The people's innate love of liberty and justice, the energy and the religious and moral character of the people have a share in it”.

⁵ John Stuart Mill, *Sobre la libertad*, (Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 2010), p. 223. El original citado en inglés por Thatcher: “not all the freedom of the Press and popular constitution of the legislature would make this or any other country free otherwise than in name”.

Todos esos argumentos suenan extraños hoy, al igual que el comentario de George Brown, en la década de 1960, de que su partido sólo nacionalizaría las industrias que estuvieran entonces “fallándole a la Nación”. Pero, como ahora sabemos, no se hizo ninguna provisión para las industrias nacionalizadas que pudieran fallarle a la Nación. La preocupación del Estado en los asuntos económicos debe ser primordialmente para servirle a la Nación. Su tarea debe ser garantizar que se coloquen el menor número posible de obstáculos en el camino de nuestra propia búsqueda por emprender, no tratar de organizar el cómo debemos hacerlo.

Así, el Estado debe preocuparse por asuntos tales como el cumplimiento de los contratos privados, el fomento de mercados competitivos, la garantía del comercio justo, el mantenimiento de incentivos, la regulación de los estándares de salud y seguridad. Debe preocuparse por el abuso del monopolio. El Estado también puede sentirse obligado a mitigar los efectos del cambio industrial.

Inevitablemente, como resultado de una emergencia nacional o de un compromiso anterior, el Estado puede sentirse llamado a hacer más que esto. Pero en cada aventura de este tipo puede haber alguna desventaja para la comunidad en su conjunto, que podría beneficiar a un número comparativamente pequeño. El equilibrio de la

ventaja debe ser definido y considerable, y debe considerarse tanto a corto como a largo plazo.

No somos anti-Estado. Por el contrario buscamos un adecuado equilibrio entre Estado y sociedad. Cuanto más se amplían los poderes del Estado, menos se respeta su autoridad por parte del pueblo.

Sólo si el papel del Estado en nuestra sociedad se mantiene en dimensiones modestas, se combinará el respeto por él con el respeto por el gran número de asociaciones privadas que tanto contribuyen a la estabilidad y riqueza de una sociedad, asociaciones que van desde la empresa hasta la caridad, y de las organizaciones voluntarias a la familia.

La esencia de una sociedad libre es que hay áreas enteras de la vida en las que el Estado no tiene nada que hacer, ni derecho a intervenir. La unión espontánea de personas en un interés común conduce a relaciones creativas entre las personas de una manera con la que los intentos forzados de la autoridad no pueden competir.

Muchos de los mejores logros de nuestra historia derivan de esto. De Tocqueville, escribiendo hace más de cien años, pensó que tales asociaciones libres serían esenciales en las democracias de masas, sobre todo, si se iba a resistir la tiranía.



SOBERANÍA DEL PARLAMENTO

Nuestro tercer ideal nacional debe ser nuestro respeto por la soberanía del Parlamento.

Este respeto por el Parlamento tiene una historia muy larga y dramática, marcada por una continuidad que diferencia a esta nación de todas las demás en Europa.

Al igual que el ideal del Estado de Derecho, la 'soberanía del parlamento' es una frase engañosamente simple, repetida a menudo sin reconocer su verdadero significado. Ese significado puede captarse mejor recordando que, en las viejas luchas del Parlamento contra el poder Real, nuestros antepasados nunca intentaron destruir la autoridad de la Corona. Su objetivo era atar a la Corona a formas reconocidas de procedimiento, mediante controles y equilibrios preestablecidos que asegurarían la supremacía de la ley y la soberanía del Parlamento.

Por supuesto, estamos orgullosos de las instituciones parlamentarias que han resultado. También son muy admiradas en el extranjero. Pero las instituciones son como todas las fortificaciones, necesitan un buen mantenimiento.

En los últimos años, los gobiernos a menudo han tratado al Parlamento de manera muy arbitraria. La enorme cantidad de leyes, los cambios repentinos en las reglas parlamentarias durante la aprobación de proyectos de ley, y el uso de mayorías marginales para forzar la aprobación de legislación altamente controvertida, lamentablemente han deteriorado la posición del Parlamento.

Hace dos años, el entonces Ministro de Empleo, Sr. Michael Foot, aceptó las enmiendas que los sindicatos querían sobre sindicalización forzada, mientras que rechazó las que planteó la Cámara de los Comunes, incluso las destinadas a salvaguardar la libertad de prensa.

Las dificultades para garantizar la rendición de cuentas ante el parlamento de las industrias nacionalizadas ahora son bien conocidas por todos.

También está la actitud del Partido Laborista hacia la Cámara de los Lores.

Muchos no considerarían esa Cámara como idealmente constituida en este momento, pero habiendo ayudado a hacer fracasar todos los esfuerzos positivos para reformar esa Cámara, la Izquierda Laborista ahora desea abolirla.

Eso significaría un gobierno de una sola cámara a pesar del hecho de que existe una aceptación general entre los abogados constitucionalistas e historiadores, aquí como en la mayoría de los países de la antigua mancomunidad (basado, por supuesto, en nuestra experiencia aquí) de que una segunda cámara es una parte esencial de la constitución.

Es una institución diseñada para dar tiempo a que se calmen los ánimos y permitir la revisión, o al menos la reconsideración, de la legislación que puede haber sido aprobada apresuradamente por los Comunes. Hay, por supuesto, instancias en la historia (por ejemplo, la Convención en la Revolución Francesa) donde las legislaturas unicamerales han impuesto dictaduras.



CONCLUSIÓN

En conclusión, permítanme referirme a la base cristiana de nuestra forma de vida nacional.

No podemos afirmar que nuestra sociedad es enteramente cristiana. Tampoco afirmaríamos que las sociedades cristianas sean siempre necesariamente buenas.

Pero somos los herederos de una sociedad cuya religión y cuyo modo de vida ha sido cristiano siglo tras siglo. La mayoría de nosotros, cristianos o no, estamos de tal forma inspirados directa o indirectamente por el valor absoluto que el cristianismo, derivado en parte del Antiguo Testamento y de la filosofía griega, otorga al alma individual, y por lo tanto a la responsabilidad innata del hombre sobre sus propias acciones y omisiones, así como a su deber de tratar a los demás hombres como él quisiera que lo trataran a él.

Estas enseñanzas subyacen a los valores esenciales de nuestra sociedad. Ningún esfuerzo es demasiado grande para preservarlos y asegurar que las nuevas generaciones entiendan su herencia.

Todos estos valores y sus ideas subyacentes son antiguos y bien probados.

Fueron relevantes hace dos mil años en la Atenas de Pericles y la Tierra Santa de los profetas. Serán tan relevantes dentro de cien años como lo son ahora.

¿Acaso recuerdan que los socialistas decían que el Partido Laborista era "una cruzada o no es nada"?

Nosotros, por el contrario, creemos en una sociedad cuya solidaridad e integración sean proporcionadas por individuos en libre asociación, compartiendo valores comunes.

Las líneas clásicas de nuestra filosofía política pueden parecer más duras, más exigentes en cuanto dejan mucho a la conciencia individual y prometen menos. Pero no tengo ninguna duda de que serán más duraderas.

Nuestra generación ha vivido la gran ilusión del socialismo, viendo sus promesas vacilar y agriarse, su máscara humana caer para mostrar la envidia, el odio y la destrucción.

Comenzarán donde lo hemos dejado.

La tarea principal que a ustedes les corresponde será redescubrir, restaurar, reafirmar y volver a aplicar creativamente los valores tradicionales basados en el espíritu humano pleno.

El choque de filosofías ha llegado a encarnarse más estrechamente en la confrontación partidista de lo que cualquiera de nosotros preveía o deseaba. Pero la batalla está entablada y debemos ganar.

Por ello, las próximas elecciones generales serán un punto de inflexión en nuestra historia nacional.

Estamos, por así decirlo, hoy en una cumbre desde la cual fluyen arroyos hacia diferentes mares.

El camino desde la cumbre en sí es estrecho, de modo que las vertientes de los arroyos corren juntos, tan cerca, digamos, como parecen estarlo, en algunos asuntos importantes para los conservadores, aquellos a quienes se acostumbra llamar los "socialdemócratas".

Pero en realidad las corrientes fluyen hacia abajo en diferentes direcciones: una corriente fluye hacia un mar frío y oscuro de mayor colectivización, la otra hacia el mar cálido y brillante de la Sociedad Abierta.